

La vieja canta

Abrió los ojos y tuvo que cerrarlos enseguida, no aguantaron los tímidos rayos de luz que penetraban a través de la persiana, la cabeza le dolía, la habitación le daba vueltas sin parar, no recordaba nada, tenía algo de frío y se dio cuenta que estaba desnudo en la cama tapado solo con una fina sábana de lino. Sonó el teléfono que había sobre la mesita, al tercer tono lo descolgó y se le cayó al suelo.

Murmuró algo ininteligible mientras rebuscaba el teléfono entre la mesita y el cabezal de la cama, sobre la alfombra. Al otro lado, una adorable voz de mujer repetía su nombre. Una voz familiar y lejana a la vez. Un timbre que logró activar vivencias puntiagudas en su todavía adormilado almacén de recuerdos. ¿Quién era esa hada del pasado que le buscaba con tanto ahínco?

Halló por fin el maldito aparato, intentando silenciar la confusa mezcla de emociones, memorias y sustancias que arrastraba desde la noche anterior y estaban floreciendo absurdamente de forma simultánea. Pudo leer el nombre del contacto. La voz femenina continuaba...

– Oye, ¿todo bien? ¿Estás ahí? – insistió de nuevo al otro lado del *smartphone*, todavía adorable e ignorante de la dantesca escena que le esperaba al otro lado de la línea. Él colgó.

Congelado, como si hubiera leído «Llamada entrante de Medusa» en la pantalla. Atónito. Disparatadamente sorprendido de que aquella musa traicionada le llamara de buena mañana con pasmosa naturalidad, como si él debiera esperar esa llamada.

Respiró hondo. Miró a su alrededor. Respiró de nuevo y comenzó a toser abruptamente, tapando su boca con la mano derecha. Tosió y tosió, arrancando de sus entrañas unas flemas grisáceas que parecían salir desde el mismo estómago, colofón de la juerga de la noche anterior, y quedaron pegadas en la palma de su mano.

Solo entonces fue consciente de dónde estaba. O mejor, de dónde no estaba. No estaba en su casa. Ni en casa de sus padres. No era tampoco aquella la cama de Marisa, la camarera que solía invitarle a la última copa en la habitación de su piso compartido. Ni pensar que se había despertado en un hotel. Mucho menos presagiaban esas sábanas de lino que hubiera amanecido en un albergue o en alguna instalación pública donde perfectamente

La vieja canta

podría haberle arrastrado el camión de la basura tras recogerle de madrugada sobre una acera mojada en un estado dudoso. Qué narices era aquel sitio.

Miró su mano con el asqueroso fruto del cóctel nocturno e instintivamente empezó a recorrer el pequeño apartamento buscando un grifo donde limpiarse. Acertó a ver la puerta del baño dentro de la misma habitación y la abrió con cuidado con la mano izquierda. ¿Habría alguien más allí?

El baño estaba lleno de botes rosas y brillantes, cepillos y cachivaches de acero cuyo uso no hubiera acertado a adivinar ni en un millón de años (¿un peinador de pestañas?), pues solo los había visto de pasada en el supermercado cuando buscaba maquinillas de afeitar. Allí había una mujer. No compartía ese instante del espacio-tiempo con él, pero sin duda aquel baño tenía una patrona.

Abrió el grifo y se frotó las manos con asco. Entonces reparó en un pequeño estante a la derecha del lavabo lleno de objetos familiares: un cepillo de dientes eléctrico idéntico al que usaba desde la universidad, su perfume habitual, una brocha de barbero de las de antes que había heredado de su abuelo. Aquel batiburrillo de productos de aseo era sin duda de su propiedad y el orden casual en que se encontraban confirmaba que no habían llegado allí por accidente y que gozaban de pleno derecho a ocupar el estante derecho junto al lavabo.

Se lavó la cara con agua glacial. Seguía sin comprender nada, ¿era posible que fuera esa su casa? El agua le pareció lo suficientemente fría como para resetear su todavía aletargado cerebro, por lo que se metió en la bañera sin pensarlo, abrió el grifo y cogió la alcachofa de masaje con 7 posiciones. Dirigió el chorro más potente a su frente tratando de activar el mecanismo de reinicio de su cerebro. Sentía que estaba cerca de algún botón secreto que revelaría la razón oculta tras esta inverosímil intriga. Colocó después el chorro sobre su cuello y subió a la parte posterior de la cabeza, donde debía estar el hipotálamo, la amígdala o lo que fuera que controlaba la parte más instintiva del cerebro y guardaba los secretos del subconsciente al reparo de la indiscreción de los sesos de la frente. Ahí debía ser, ¿dónde si no?

Aquello no parecía funcionar. Cerró el grifo sin haber movido ni un ápice su confusión del escalón inicial. Si hubiera podido pensar con claridad, en ese momento debería haberse planteado que el coloccón todavía le duraba y estaba regodeándose en un extraño

La vieja canta

sueño. Salió del baño sin secarse, nervioso, dudoso, con una estúpida sensación de estar perdido en el universo. Entonces la vio: en la habitación, junto a la ventana, sobre el radiador, colgada armónicamente delante del papel pintado en tonos beige, con un marco blanco que imitaba una moldura, impresa en blanco y negro. Ella, impecable y magna; él, formal y devoto. De fondo, una playa que años atrás había sido testigo de la más baja vileza, del rechazo, del adiós, del fin, de la partida de aquel tren que solo debía pasar una vez. ¿O no?

En ese instante, un rayo le atravesó. Esa foto había pulsado la tecla definitiva, había cargado todas las actualizaciones pendientes y reiniciado íntegramente su ser, mojado y expuesto a la incertidumbre que se había ya vuelto certeza. No podía ser, pero era. Había conseguido lo imposible.

El teléfono volvió a sonar. De nuevo. Ella. ¿Su novia? ¿Su feliz esposa? ¿En qué punto estaba ahora aquella historia? Intentando ordenar toda la información que acababa de explotar en su cabeza, todavía titubeando, respondió.

– Hola.

– Hola, amor. ¿Estás bien?

– Sí, ejem, ejem –tosió con disimulo, escupiendo otra repugnante flema con sabor a fuego—. Todo bien, algo resfriado. ¿Y tú?

– Todo bien, esto se va a alargar más de la cuenta, no podré llegar antes de cenar. ¿Puedes preparar una tortilla?

– Vale, yo me ocupo.

– Uy, tengo que volver, creo que mi jefe me busca. Chao. Te amo. Mua.

Salió de su vida, cerrando de golpe la ventana del baño, la poca cordura que no le había abandonado la noche precedente. Se pellizcó y era cierto: estaba allí, en la que debía ser la casa que compartían, donde pondría su nombre en el buzón junto al de ella, que le buscaba, que ¿había perdonado sus tropelías? ¿Las había olvidado? ¿Quizás nunca ocurrieron? Ella, que no le odiaba, que ¡le amaba! Qué sórdida locura vivir dos veces, borrar un error, asaltar de nuevo el tren que debía partir para siempre, abordar el barco que dejó en tierra una vida B, un plan diferente donde uno puede sacar la pata antes de meterla del todo. Las decisiones que no tomó, o las que sí, ahora invertidas en un reversible periplo sanador.

La vieja canta

Sintió un profundo escalofrío vertebrador mientras recomponía los añicos de su relato, alejando la boira que empañaba las memorias de la noche anterior, de los días pasados, de los años punzantes por haber arruinado estrepitosamente la oportunidad de su vida.

Trató de sentarse pero lo cierto es que se cayó, abandonado por el sostén de sus trémulas piernas, derrumbándose como lo hubiera hecho una marioneta desasistida por su titiritero. ¿Acaso no había sido él también un farsante? ¿No era ahora un monigote en manos de un ignoto poder capaz de alterar lo que es y hacer cierto lo que no?

Su torso sintió una violenta sacudida y por fin lo recordó todo. Lo comprendió. Aquella noche lejana, aquella playa...

Ella y él, amantes cansados. Ella, dolida. Él, altivo, soberbio, omnipotentemente incauto. Un hiriente broche irrevocable a su prometedora historia. Después: soledad, oscuridad desbocada, delirantes excesos, un esperpéntico arrepentimiento azotando su inquieta conciencia día y noche, noche y día, día y noche, noche y día. Fustigar, flagelar, apalear su inconsciencia y su incapacidad para resolver un jaque mate involuntario, su descenso a los infiernos. Una búsqueda infatigable por asomar su cabeza del pozo. Hasta ahí, no era ningún secreto.

Pero ya lo tenía, ahora lo tenía, estaba listo para visualizar de nuevo lo que pasó después de su conocido hundimiento. Sintió que debía asirse con firmeza a la alfombra para no salir volando, arrastrado por la fuerza torrencial del nítido recuerdo de la noche anterior.

Un bosque tupido, un claro, un altar. Una señora chaparrita vestida con vendas y cenefas de colores, flores, lanas. Sus trenzas arrastran por el suelo, no sería extraño que penetraran en la tierra y enraizaran, convirtiéndola en un fresno o en un junco o en ardiente volcán que todo lo puede destruir con un eructo. Él, con un manto blanco y una corona de ramas de espino negro, avanza pesado hacia el centro del espacio, llevando en sus brazos palos de quejigo, de alcornoque, de carrasca; hojas de olivo y de brezo; ramitas de romero y cantueso. En el centro, un ara; sobre el ara, una pila de objetos para hilar ese error, para prender fuego a los años que él ya se había encargado de quemar. Coloca las ramas y lo prende todo con un pedernal. La sabia taumaturga canta y recita y toca un extraño maletín con sus pies, de los que sale una música secreta, inaudita e inaudible a los incrédulos, que parece solidificarse en el aire mezclada con los efluvios de la resina. Comienza el viaje. El humo le rodea, el tiempo se confunde, según recuerda levita alrededor de la lumbre y

La vieja canta

conforme se eleva va dejando caer lo que le sobra, lo que no quiere, lo que debe arder en esa fogata mística que le calienta la sangre y purifica sus errores. Se aleja su mente de aquel claro boscoso y vuelve a la playa y a ella, la busca, la abraza, la besa. El humo le trae y le arranca de cuajo los nervios, los miedos, los noes. La anciana hechicera canta y golpea instrumentos inverosímiles mientras algún poder celestial se encarga de obrar su magia. Ella aparta cenizas de las brasas y las añade a un brebaje viscoso de ingredientes insólitos. Él contempla cómo arde la vida que ya no tendrá mientras busca de nuevo apoyar sus pies errantes sobre la tierra. Y bebe. La tierra tiembla. El fuego arde. La vieja canta. Él renace.

Después, quién sabe cuánto tiempo después, despierta en su casa. Está desnudo sobre una sábana de lino, suena el teléfono. Confundido, respira al fin su nueva verdad y sabe que lo consiguió. Conquistó su quimera, el recurrente anhelo ancestral común a los de su bípeda estirpe: retroceder, cambiar lo que fue, elegir otra vez.